

J. A. WHITE

HISTORIAS DE NOCHE



DESTINO

J. A. WHITE

HISTORIAS DE NOCHE

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2021
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Nightbooks*
© del texto: J. A. White, 2018
©de la traducción: Rosa Sanz, 2021
Todos los derechos reservados
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: octubre de 2021
ISBN: 978-84-08-20852-5
Depósito legal: B. 13.575-2021
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

La puerta equivocada

Cuando su familia se fue por fin a dormir, Alex se colgó la mochila al hombro, salió a hurtadillas del apartamento y cerró la puerta con cuidado para no hacer ruido. Sin la luz que entraba por los ventanucos, el rellano del octavo piso parecía más deprimente que nunca. Se quedó unos instantes sobre el felpudo, resistiéndose a la tentación de volver a la comodidad de su cama caliente.

«Si lo haces, mañana seguirás siendo el mismo Alex Mosher de siempre», pensó para sí.

«Rarito.»

«Friki.»

«Pringado.»

«¿Es eso lo que quieres?»

—No —murmuró.

Así pues, se encaminó hacia el ascensor que estaba al final del pasillo antes de que le diera tiempo a arrepentirse.

Durante el día, los detalles de las vidas de sus vecinos se filtraban a través de las finas paredes: conversaciones amortiguadas, el escándalo de los televisores, el hijo de la señora García practicando con su violín. Sin embargo, a esas horas de la noche, el silencio era casi absoluto. Lo único que se oía era una bombilla mugrienta, que zumbaba cual abejerro furioso, y el roce de su mochila, como si lo que había dentro luchara por escapar de su destino.

«Lo siento —pensó, sintiéndose culpable—. Preferiría no tener que hacerlo, pero es lo mejor.»

Llegó hasta el ascensor y pulsó el botón del panel destaralado. El antiguo mecanismo rasgó el silencio desde muy abajo. Alex hizo una mueca y miró por encima del hombro, temiendo haber despertado a los inquilinos. La escalera habría sido una opción más discreta, pero quería darse prisa para no echarse atrás.

¡Ding!

Las puertas se abrieron con un chirrido de dolor. Las paredes estaban forradas de espejos pringosos.

Alex entró y pulsó el botón del sótano.

El sótano era su espacio favorito de todo el edificio: un lugar extraño, espeluznante y hasta arriba de cachivaches abandonados por los antiguos residentes, como una especie de cementerio de objetos que nadie quería. Con todo, lo más alucinante era la caldera: un monstruo de hierro que se había construido hacía más de sesenta años. Él la llamaba la señora Humos.

Allí era donde debía ir esa noche.

Las puertas se cerraron, y el ascensor comenzó a bajar despacio y a trompicones. Alex golpeteó el suelo con el pie, impaciente. Aunque la mochila iba menos cargada de lo habitual, le pesaba como si llevara un ancla a cuestas.

«Me sentiré mejor cuando desaparezcan —se dijo—. Arrójalos al fuego y vete. Ni siquiera te quedas a verlos arder.»

Desde luego, podría haber tirado el contenido de la mochila por el conducto de la basura y olvidarse, pero le parecía una crueldad. Incinerarlos en la señora Humos era más digno, como entregar un guerrero caído a las llamas. Pensaba que al menos les debía una buena muerte. Al fin y al cabo, había sido él quien los había creado.

El ascensor se detuvo. Las puertas se abrieron con un chirrido.

Alex miró a todos lados, confuso.

En vez del sótano, se extendía un pasillo familiar ante él. Comprobó la pantalla digital que había en la parte superior: 4. «Estará roto», pensó, y pulsó el botón del sótano con el dedo índice. El ascensor no se movió.

El niño dejó escapar un suspiro de resignación.

«Al final voy a tener que bajar andando.»

Salió del ascensor y se dirigió a la escalera. El cuarto piso tenía la misma disposición básica que el octavo, aunque estaba bastante más oscuro. Miró las bombillas por si se había fundido alguna, pero parecían estar en buen estado. Así y todo, por algún extraño motivo, no alumbraban tanto como hubieran debido, como si la oscuridad de ese rellano en concreto fuera más impenetrable de lo normal.

«Serán imaginaciones mías —supuso, sin hacer caso del escalofrío que le recorría la espalda—. Las bombillas estarán viejas o...»

Entonces oyó voces.

Venían del apartamento que había al final del pasillo. Al principio pensó que serían los vecinos, pero cuando se acercó sonó una música inquietante de fondo, y se dio cuenta de que las voces pertenecían a los personajes de una película. Una sonrisa enorme se dibujó en su cara al reconocer los diálogos.

«¡Es *La noche de los muertos vivientes!*»

La primera vez que la vio, Alex tenía cuatro años. Se suponía que debía estar durmiendo, pero los extraños sonidos procedentes de la salita despertaron su curiosidad, así que salió de la cama para investigar. Sus padres estaban acurrucados en el sofá, compartiendo un cuenco de palomitas, de modo que se escondió detrás de un sillón y clavó los ojos en la pantalla.

Nunca se había sentido tan aterrorizado en toda su vida, ni tan entusiasmado.

Cuando sus padres descubrieron que tenían un visitante inoportuno, ya era demasiado tarde. Alex se había enamorado. A finales de mes, sus trenecitos habían sido desterrados a un arcón en el sótano, reemplazados por monstruos de juguete, colmillos de plástico y un fantasma de peluche llamado Boo. Desmontó sus camiones de bomberos y cohetes espaciales de Lego y usó las piezas para construir una casa encantada. Al ir a la biblioteca, se empeñaba en sacar

los álbumes ilustrados con etiquetas de Halloween en el lomo, a pesar de que todavía estaban en junio.

La noche de los muertos vivientes había sido su introducción al mundo de la oscuridad, por lo que ocupaba un lugar especial en su corazón. Y ahora que la oía, un deseo irresistible de verla anuló el resto de sus pensamientos. Así que se aproximó a la puerta del apartamento 4E, atraído por la banda sonora como un pez a un anzuelo, y pegó la oreja contra ella. Era una de las primeras escenas, justo antes de que un zombi atacara a Barbara y a su hermano en el cementerio.

«Casi no me he perdido nada», pensó emocionado. En aquel momento había olvidado por completo la mochila y el motivo por el que había salido esa noche. Solo podía pensar en la película, y estaba ansioso por verla. Si hubiera pensado con claridad, tal vez se habría dado cuenta de lo absurdo de la situación. Al fin y al cabo, podía ponerse *La noche de los muertos vivientes* en el iPad siempre que quisiera, algo mucho más lógico que llamar de madrugada a la puerta de unos desconocidos. Pero, por desgracia, no pensaba con claridad. Sus ojos verdes, normalmente vivaces e inquisitivos tras las gafas, se habían vuelto inexpresivos, y tenía la boca abierta con gesto de interrogación, lo que hacía que se pareciese bastante a los zombis de la película.

Alex llamó a la puerta con tres golpes rápidos. Una mujer le abrió casi al mismo tiempo, como si esperase su llegada.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? —dijo, mirándolo de arriba abajo—. ¡Una visita!

Aparentaba unos veintitantos años, con la piel morena y

el pelo corto de punta. Iba vestida toda de negro y muy maquillada, sobre todo alrededor de los ojos.

—Perdón —respondió Alex, aturdido. «¿Qué estoy haciendo aquí?»—. No sé por qué he llamado. Es que he oído...

—¿Qué has oído? —quiso saber ella, inclinándose hacia él con avidez—. Cuéntame.

—La película.

La mujer sonrió. Tenía unos dientes pequeños separados por brechas diminutas, que hacían que ella le recordara a esos extraños peces brillantes que acechan en las profundidades del océano.

—¿Una película? —preguntó, con auténtica curiosidad—. Qué original. ¿Cuál?

Alex la miró con extrañeza. El televisor seguía tronando a sus espaldas —el zombi estaba ahora golpeando la ventanilla del coche de Barbara—, aunque ella actuaba como si no oyera nada.

—¿No lo sabes?

—¿Por qué iba a saberlo? La película es para ti, no para mí. —Abrió la puerta del todo—. ¿Quieres verla? —lo invitó—. ¡Apuesto a que es una de tus favoritas!

Una punzada de miedo se abrió paso entre la niebla que empañaba su mente.

«Estamos en plena noche y estoy hablando con una completa desconocida como si fuera lo más normal del mundo —se dijo—. ¿Qué me está pasando?»

Dio un paso atrás, deseando marcharse lo antes posible... hasta que le llegó un olor delicioso del apartamento.

Pastel de calabaza, recién horneado. Su favorito.

Al aspirar el reconfortante aroma de la nuez moscada y la canela, todos sus temores se disiparon al instante.

«Esta mujer jamás me haría daño. No es más que una señora agradable a la que le gustan las películas de miedo, ¡como a mí!»

—Es *La noche de los muertos vivientes* —explicó Alex—. Del año 1968. Dirigida por George Romero.

—Anda —contestó ella—. Qué interesante. Pero, dime, ¿tenía razón? ¿Es una de tus favoritas?

—De las diez primeras. Justo entre *Déjame entrar* y *The Ring*. —Se encogió de hombros, disculpándose—. Me gusta el terror.

—Entonces eres de los míos —respondió la mujer, sonriente—. Sé que parece mentira, pero iba a ponerme a verla y he pensado: lo único que me falta es alguien con quien disfrutarla, alguien que la aprecie de verdad. Y, de repente, ¡estás aquí!

Se apartó de la puerta y le mostró a Alex un cómodo sofá y una mesa de café sobre la que había montones de galletas de avena con pasas y pastel de calabaza. Al otro lado de tan acogedora visión, una pantalla enorme reproducía las imágenes en blanco y negro que ansiaba ver: Barbara dando tumbos hacia la granja, donde se quedaría atrapada durante el resto de la peli, mientras la perseguían los zombis. Dio un paso al frente, hipnotizado.

—Pero no te quedes ahí como un pasmarote, tontito —dijo ella—. Entra.

Más adelante, aun sabiendo que había sido víctima de un potente hechizo, a Alex le costó creer la facilidad con la que había entrado al apartamento. En ese momento, fue como si su cuerpo no le perteneciera, como una polilla atraída por las luces parpadeantes del televisor.

Tras pasó el umbral. La puerta se cerró a sus espaldas con un chasquido.

—Ya te tengo —musitó la mujer.

Acto seguido, le rodeó la muñeca con una mano helada, y Alex se quedó sin fuerzas, dejándose caer en los cojines de un sofá cercano, sin apenas poder abrir los ojos.

Ella se acomodó en una silla ante él. La sonrisa se había borrado de sus labios.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Alexander. Alex.

—Decídetelo.

—Alex.

Él echó un vistazo al apartamento, confuso. El televisor había desaparecido, junto con la mesa de café y el pastel de calabaza.

—¿Qué ha pasado con la tele?

—Nunca estuvo ahí.

—Sí —insistió él—. Yo la he visto.

—El apartamento hace todo lo necesario para que entres, aunque es distinto para cada persona. Lo de la película es una elección poco frecuente. Lo normal es que caigan con algo de comida. Ya sabes, los niños siempre piensan con el estómago.

—Olía a pastel de calabaza.

—¿Ves?

Cada vez le resultaba más difícil concentrarse. La habitación empezó a dar vueltas, como cuando te bajas del barco vikingo del parque de atracciones. Sintió náuseas.

—Quiero irme a casa —dijo.

—Ya sabes que eso no va a ser posible, Alex.

El niño se revolvió en su asiento, con una lentitud insostenible y la esperanza de emprender una huida desesperada hacia la puerta. Pero la puerta se había esfumado. El espacio en el que debía estar era ahora una pared vacía.

—¿Dónde está la puerta? —preguntó, medio grogui.

—Ya no existe —replicó la mujer—. Pero no te preocupes, no volverás a necesitarla.

—No es posible. Las puertas no... no pueden...

—¿Todavía no te has dado cuenta? —sonrió orgullosa—. ¡Soy una bruja! Igual que en un cuento. —Le tocó la frente con una uña—. Y tú, ratoncito, has caído en mi trampa.

Alex intentó levantarse, pero las piernas no lo sostuvieron y se desplomó en el suelo. La oscuridad se cernió sobre él.